

LIBRO DE POCOS

RAY BRADBURY  
ARTHUR C. CLARKE  
ISAAC ASIMOV  
Pioneros del futuro



12

Peter Haining presenta en este volumen ocho relatos de autores tan dispares —y tan acreditados— como Ray Bradbury, Robert Heinlein, Isaac Asimov, Theodore Sturgeon y Arthur C. Clarke, que constituyen otras tantas meditaciones sobre el tiempo no terrestre, el tiempo inconmensurable y sobre las valoraciones subjetivas de las coordenadas espacio-temporales. El tema, habitual en la narrativa de ciencia-ficción, aparece aquí planteado desde diversas técnicas y con unas perspectivas muy distintas entre sí. Este volumen cobra así un valor paradigmático de las diversas tendencias, representadas por los nombres más famosos dentro del género, que se esfuerzan hoy en una renovación radical de los supuestos en los que se apoya la narrativa de ficción científica.

A mi padre, que me enseñó el valor de la herencia.

## ÍNDICE

- Introducción, *Peter Haining*  
El demostrador de la cuarta dimensión, *Murray Leinster*  
Colón fue un cretino, *Robert Heinlein*  
La hora de la batalla, *Robert Sheckley*  
El arma demasiado espantosa para ser usada, *Isaac Asimov*  
*mov*  
Sin reacción, *Theodore Sturgeon*  
El flautista, *Ray Bradbury*  
Ecuador, *Brian Aldiss*  
Náufrago, *Arthur C. Clarke* 114

## INTRODUCCIÓN

Los ocho contributarios a la elaboración de este volumen son, probablemente, los autores más distinguidos con los que hoy en día cuenta la ciencia ficción: sus nombres son familiares a todos los adeptos y su reputación como narradores ha roto las fronteras propias del género. De hecho, se trata de profesionales; imaginativos, esmerados y devotos escritores que han manejado magistralmente sus dotes y habilidad para comunicar una nueva idea, tema o concepto.

Hoy, la brillantez de estos ocho hombres —pues tal brillantez es indudable— casi la damos por sentada. Aguardamos celosamente sus nuevas producciones, confiando en que serán, al menos, tan buenas, si no mejores, que sus trabajos anteriores. No pueden producir, al ritmo que el aficionado vulgar exige, pues ni siquiera lo intentan, cosa, por otra parte, muy sabia. Antes bien, como verdaderos artesanos, atravesaron un período de aprendizaje cuando sus nombres significaban muy poco para los lectores, abriéndose camino industriosamente por entre las páginas de publicaciones de poca monta y enfrentándose a desalentadoras remuneraciones, pero siempre desarrollando y perfeccionando estilos que con el tiempo han sido mundialmente aclamados.

Esta antología echa una mirada retrospectiva sobre los inicios de estos ocho hombres; una selección llevada a cabo en los archivos de la ciencia ficción dio como resultado

un grupo de relatos que nos ilustran sobre la técnica adoptada por cada uno de estos ocho autores. Los cuentos elegidos son un ejemplo típico de su producción durante su época de aprendizaje; uno o dos pertenecen incluso a los primeros esfuerzos de sus autores. Todos se encuentran agotados y son probablemente desconocidos para los lectores de hoy. Muestran el desarrollo de un estilo y una imaginación que comienza a caminar sobre un nuevo terreno... aunque no los juzguemos por los más modernos y templados trabajos de sus autores, sino más bien por su propia valía y su sentido dentro de un «período» de la ciencia ficción. No obstante, creo que coincidirán conmigo en que el modelo seguido por todos ellos es bastante sorprendente.

Vayamos ahora al encuentro de *Los fabricantes de futuro*, pues conjuntar estas historias presenta un insólito punto de vista de los hombres que han perfilado la moderna ciencia ficción.

PETER HAINING, 1968

## MURRAY LEINSTER

Murray Leinster es incuestionablemente el «decano de los escritores de ciencia ficción». En el curso de una vida que sobrepasa los setenta años, se ha ganado duradera reputación escribiendo relatos de gran imaginación y, a menudo, siniestramente proféticos. Su primera publicación en el género, *The Runaway Skycraper*, apareció en 1919 y en el intermedio no sólo ganó el Premio Hugo sino que fue citado muchas veces como uno de los puntales de las publicaciones afines, al tiempo que fue desarrollando un interés privado por la ciencia hasta el punto de que uno de sus inventos —un método para hacer cine sin plato, en el que los actores interpretan sobre fondos proyectados— es continuamente utilizado por la TV norteamericana y las productoras de cine. Pero por encima de todo esto, son las historias como la que aquí presentamos —y que Sam Moskowitz llama «uno de los relatos más divertidos de la ciencia ficción»— las que le han asegurado un puesto permanente en el gran recinto de este género literario.

### EL DEMOSTRADOR DE LA CUARTA DIMENSIÓN

*The Fourth Dimensional Demonstrator*

Pete Davidson estaba prometido a la señorita Daisy Manners, del cabaret Green Paradise. Acababa de heredar todas las propiedades de un tío suyo que había sido una autoridad en la cuarta dimensión y era guardián de un canguro llamado Arthur que raramente se mostraba amable. Sin embargo, no era feliz y ello se demostró aquella mañana.

En el laboratorio de su tío, Pete garabateaba sobre el papel. Hizo sumas y se llevó las manos a la cabeza con desesperación. Luego hizo restas, divisiones y multiplicaciones. Pero los resultados, invariablemente, eran problemas tan imposibles de solucionar como las ecuaciones tetradimensionales de su difunto pariente. De vez en cuando, un rostro caballuno y esperanzado le lanzaba miradas escudriñadoras. Se trataba de Thomas, el criado de su tío, que Pete temía haber heredado también.

—Perdón, señor —dijo Thomas tanteando.

Pete se echó atrás en la silla, molesto.

—¿Qué pasa, Thomas? ¿Qué es lo que Arthur hace ahora?

—Está curioseando entre las dalias, señor. Quería preguntarle sobre la comida, señor. ¿Qué debo preparar?

—¡Cualquier cosa! —dijo Pete—. ¡Lo que sea! No. Espera. Pensándole bien, después de darle a los papeles de tío Robert me he quedado con el cráneo seco. Prepárame algo que sea rico en fósforo y vitaminas; las necesito.

—Sí, señor —dijo Thomas—. Pero el colmado, señor...

—¿Otra vez? —preguntó Pete desesperanzado.

—Sí, señor —dijo Thomas, entrando en el laboratorio—. Espero, señor, que sus asuntos vayan mejor.

Pete sacudió la cabeza, observando sus cálculos con desaliento.

—Pues no. Pagar la cuenta del colmado es aún una remota y brumosa posibilidad. Es horrible, Thomas. Recuerdo



lo poco que le importaban a mi tío los pagos, mientras yo creía que la cuarta dimensión era un problema matemático y no libertino. Aunque tío Robert podía haberse organizado sus orgías con los cuantos y los continuos espaciotemporales. No hay derecho a recibir una herencia que no produce el menor beneficio.

Thomas hizo un sugestivo ruido de aprobación.

—Si sólo se tratara de mí... —continuó Pete con aire lóbrego—. Hasta Arthur, en su sencillo corazón de canguro, mantiene la esperanza. ¡Pero Daisy! ¡Aquí está la cuestión, muchacho! ¡Daisy!

—¿Daisy, señor?

—Mi novia —dijo Pete—. Trabaja en el cabaret Green Paradise. Técnicamente, es la propietaria de Arthur. Porque le dije, Thomas, que yo había heredado una fortuna.

Y se va a llevar un chasco.

—Eso es muy malo, señor.

—Esa respuesta me parece más humorística que acertada, Thomas. Daisy no es una persona que se desilusione así como así. Cuando le explique que la fortuna de mi tío se encuentra en la cuarta dimensión, Daisy se hará la despistada y no me prestará oídos. ¿Has intentado ligarte alguna vez a una chica que se hace la despistada?

—No, señor —dijo Thomas—. Pero en lo que respecta a la comida, señor...

—Tendremos que pagar, ¡condenación! —dijo Pete en tono pesimista—. No tengo más que cuarenta centavos, Thomas, y no podemos permitir que al menos Arthur se muera de hambre. A Daisy no le gustaría. ¡Veamos!

Se apartó del escritorio y echó un vistazo al laboratorio con aire de ave de rapiña. No era exactamente un lugar cálido y acogedor. Había por allí una especie de armazón de varillas de hierro, de unos cuatro pies de altura. Thomas había dicho que se trataba de un teselacto, una especie de cubo que existía en cuatro dimensiones en vez de en tres.

A Pete le parecía más bien un instrumento medieval de tortura: algo que podía ser usado como argumento teológico contra la obstinación hereje. Pete no podía imaginar que alguien que no fuera su tío necesitara trasto semejante. Había también otras piezas de aparatos de todos los tamaños, aunque en su mayor parte desmontados. Semejaba el producto de alguien que ha invertido grandes cantidades de dinero y paciencia, esforzándose por lograr algo que podía resultar insatisfactorio una vez alcanzado.

—Aquí no hay nada que podamos dejar en prenda —dijo Pete deprimido—. Ni siquiera algo que pudiéramos utilizar como organillo, sustituyendo a Arthur por el mono tradicional.

—Está el demostrador, señor —dijo Thomas esperando—. Su tío de usted lo terminó, señor, y funcionaba, y a él le dio resultado, señor.

—¡Mira qué bien! —exclamó Pete—. ¿Qué es el demostrador ese? ¿Qué se puede esperar que haga?

—Caramba, señor, es el demostrador de la cuarta dimensión —dijo Thomas—. La gran obra de su tío, señor.

—Echémosle una ojeada entonces —dijo Pete—. Quizá nos den algo de comer si nos ponemos a demostrar la cuarta dimensión en los escaparates de las tiendas, anunciando cualquier baratija. Aunque no creo que a Daisy le entusiasme tal ocupación.

Thomas se acercó solemnemente hacia una cortina situada justo detrás del escritorio. Pete había pensado que ocultaba una alacena. Deslizó la cortina y ante sus ojos apareció un inmenso cachivache que parecía gozar de la solitaria virtud de lo terminado. Pete podía ver una monstruosa herradura de latón de siete pies de altura. Bajo ella, había una placa circular de vidrio de una pulgada de grosor, al parecer diseñada para rotar sobre sí. Debajo podía apreciarse una base sólida hasta la que corrían algunos tubos de cobre procedentes del congelador de una nevera.

Thomas giró un dial y el conjunto comenzó a zumbar. Pete observó.

—Su tío de usted solía hablar para sí mismo, aunque en voz alta, de este invento, señor —dijo Thomas—. Me atrevo a conjeturar que tiene que ser algún triunfo científico, señor. Para que se entere, señor, la cuarta dimensión es el tiempo.

—Me alegro de oír una explicación tan sencilla —dijo Pete.

—Sí, señor. Según entiendo, señor, si uno va en coche y ve que una linda chica está a punto de pisar una piel de plátano, señor, y uno deseara avisarle, por decirlo así, para evitarlo, tardaría en hacerlo digamos dos minutos, hasta pasada media milla más allá...

—Cuando la chica hubiera pisado ya la piel de plátano y la naturaleza hubiera seguido su curso natural.

—Pues no ocurriría así con este demostrador, señor. Para avisar a la damisela uno tendría que volver atrás la media milla y también el tiempo, señor, o de lo contrario sería demasiado tarde. Esto es, uno tendría que regresar no sólo la media milla sino también los dos minutos. De este modo, señor, construyó el demostrador su tío de usted.

—Y de este modo pudo hacer frente a una situación semejante cuando surgió la oportunidad —acabó Pete—. ¡Entiendo! Pero me temo que esto no soluciona nuestros problemas financieros.

La unidad refrigeradora cesó de ronronear. Solemne-mente, Thomas encendió una cerilla de seguridad.

—Si puedo completar la demostración, señor —dijo ufano—. Apago la cerilla y ahora la coloco sobre la lámina de cristal entre los extremos de la herradura. La temperatura es ideal, de modo que no fallará.

De la base de la máquina surgieron cloqueantes sonidos de autosatisfacción. Se mantuvieron algunos segundos. Repentinamente, la amplia lámina de cristal giró aproximadamente el octavo de una revolución. Se escuchó un ruidoso

zumbido. Se detuvo. De súbito había sobre la vítrea lámina una segunda cerilla de seguridad consumida. La máquina se puso a cloquear triunfalmente.

—¿Lo ve, señor? —dijo Thomas—. Ha producido otra fe cerilla quemada. Arrastrada desde el pasado, señor. Hasta que la lámina se movió hace escasos segundos, había una sola cerilla en ese lugar. Igual que con la chica y la piel de plátano, señor. La máquina fue hasta el lugar en que la cerilla se encontraba, y a continuación la trajo consigo hasta aquí y ahora.

La lámina giró otro octavo de revolución. La máquina cloqueó y zumbó. El zumbido se detuvo. Una tercera cerilla quemada pudo verse sobre la lámina de cristal. El ruido cloqueante comenzó una vez más.

—Puede mantenerse así indefinidamente, señor —dijo Thomas.

—Comienzo a ver —dijo Pete— la verdadera grandeza de la ciencia moderna. Con sólo dos toneladas de latón y acero, un coste de apenas doscientos mil dólares y el esfuerzo de toda una vida, mi tío Robert me ha dejado una máquina capaz de suministrarme cerillas quemadas durante incontables años. Thomas, ¡esta máquina es un triunfo científico!

Thomas sonrió alegremente.

—¡Espléndido, señor! Me alegro de que reciba su aprobación. Ahora, ¿qué he de hacer para comer, señor?

La máquina, tras cloquear y zumbar apropiadamente, produjo una cuarta cerilla quemada y, a continuación, volvió a cloquear en un tono aún más triunfal. Y de nuevo se preparó para lograr el, hasta aquí, inalcanzable pasado.

Pete miró con aire de reproche al sirviente al que, al parecer, también había heredado. Metió la mano en el bolsillo y sacó sus cuarenta centavos. La máquina zumbó. Pete inclinó la cabeza y se quedó mirando.

—Ya que hablamos de ciencia —dijo tras unos instantes—, tengo una idea muy comercial. Pero me ruboriza haber-

la concebido. —Se quedó observando el monstruoso y cloqueante demostrador de la cuarta dimensión—. Déjeme diez minutos solo, Thomas, voy a estar atareado.

Thomas desapareció. Pete se acercó al demostrador. Arriesgó una moneda, colocándola sobre la lámina de cristal. La máquina prosiguió su tarea. Cloqueó, zumbó, dejó de zumbar... y hete aquí que parió una segunda moneda de cinco centavos. Pete añadió una moneda de diez centavos a la segunda de cinco. Después de otro ciclo, se llevó con desesperación las manos a la cabeza y añadió lo que le quedaba de su capital: una moneda de veinticinco centavos. Luego, tras contemplar incrédulamente lo que estaba ocurriendo, comenzó a saber lo que era la plusvalía sin el factor trabajo.

Thomas golpeó en la puerta diez minutos más tarde.

—Le pido perdón, señor —dijo—. Acerca de la comida...

Pete se apartó del demostrador. Tragó saliva.

—Thomas —dijo con calma—, le dejaré a usted escoger el menú. Llene un cesto con esa calderilla y vaya a comprar. Y... Thomas, ¿no tendría usted una moneda mayor de veinticinco centavos? Una de cincuenta estaría bien. Me gustaría tener algo realmente impresionante para mostrárselo a Daisy cuando venga.

La señorita Daisy Manners, del cabaret Green Paradise, era la persona ideal para aceptar sin preguntas el demostrador de la cuarta dimensión y para hacer pleno uso de las modernas investigaciones científicas. Saludó a Pete con un gesto abstracto y le preguntó interesadamente a cuánto ascendía lo que había heredado. Pete la condujo al laboratorio y descubrió el demostrador.

—Éstas son mis alhajas —dijo Pete con ánimo de impresionar—. Querida, te va a emocionar, pero... ¿no tendrías una moneda de veinticinco centavos?

—¡Qué caradura, pedirme dinero! —dijo Daisy—. Y como me hayas mentado con lo del dinero de la herencia...

Pete sonrió protectoramente. Sacó una moneda de su propio bolsillo.

—¡Observa, querida! ¡Voy a hacer esto para ti!

Se volvió hacia el demostrador y comenzó a dar explicaciones complacientemente mientras el inicial cloqueo surgía de la base. La lámina de cristal se movió, apareció una segunda moneda y Pete las volvió a colocar para que se multiplicaran mientras continuaba sus explicaciones. En un minuto se congregaron cuatro monedas. Nuevamente las dispuso para que se multiplicaran. Así, comenzaron a aparecer, ocho, luego dieciséis, treinta y dos, sesenta y cuatro, ciento veintiocho... En ese momento, el montón se desparamó y Pete cerró el mando de conexión.

—¿Lo ves, querida mía? ¡Para ti desde la cuarta dimensión! Mi tío lo inventó, yo lo heredé y... ¿quieres cambio?

Daisy parecía haberse recuperado de su asombro. Pete le alargó unos cuantos billetes de banco.

—De ahora en adelante, querida —dijo él—, siempre que quieras dinero no tienes más que venir aquí, darle a la máquina y... recogerlo. ¿No es maravilloso?

—Ahora mismo necesito más dinero —dijo Daisy—. Tengo que comprar el ajuar.

—¡Esperaba que te lo tomaras así! —exclamó Pete con entusiasmo—. ¡Allá va! A amontonar dinero.

El demostrador comenzó a cloquear y hacer ruido con los billetes sobre la lámina en vez de las monedas. Antes, evidentemente, había suspendido todas las operaciones y la unidad refrigeradora había gruñido trabajosamente durante un momento. Luego, resumió su engrimiento sumergiéndose en el pasado.

—No tenía ningún plan definido —explicó Pete— hasta que hablé contigo por teléfono. Tomaba las cosas como venían. También me preocupé por Arthur. Tú sabes cuánto le gustan los cigarrillos. Se los come, y aunque pueda resultar excéntrico en un canguro, los cigarrillos no le llevan la contraria. He usado el demostrador para conseguirle un inmen-

so caudal de cigarrillos de su marca favorita. Y he intentado abrir una cuenta corriente. Pensé que podría parecer extraño el que compráramos una casa en Park Avenue y ofreciéramos como pago todo un fajo de billetes como quien no quiere la cosa. Podría parecer que acabáramos de cobrar un chantaje.

—¡Ceporro! —dijo Daisy.

—¿Qué?

—Podías haber multiplicado esos billetes como hiciste con las monedas —dijo Daisy—. Tendríamos ahora un buen montón.

—Querida —dijo Pete acarameladamente—, ¿qué importa cuánto puedas tener tú, cuando yo puedo tener tanto?

—Sí —dijo Daisy—. Podrías enfadarte conmigo.

—¡Jamás! —protestó Pete. Luego, recordando, añadió—: Antes de que se nos ocurriera la idea de los billetes, Thomas y yo atestamos la caja del carbón con monedas de veinticinco centavos y de medio dólar. Todavía están ahí.

—Pedazos de oro sería maravilloso —sugirió Daisy tozudamente—, si es que puedes conseguir echarle el guante a alguno. Tal vez podamos.

—¡Ah! —exclamó Pete—. Thomas tenía un relleno de oro en un diente. Lo cogimos y obtuvimos media libra o así. Luego fabricamos con ella un pequeño ladrillo y lo pusimos de nuevo en el demostrador. Querida, te sorprenderías realmente si echaras una ojeada a la leñera.

—Y también joyas —dijo Daisy—. Sería más delicioso todavía.

—Si tanto te seducen las joyas —dijo Pete capciosamente—, no tienes que hacer sino mirar en el cubo de las verduras. Se nos estaba acabando el espacio de almacenaje cuando la idea nos asaltó.

—Creo —dijo Daisy con mucho entusiasmo— que haríamos bien en casarnos cuanto antes. ¿No crees?